

Toni
MORRISON



Paraíso

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Ruby podría ser como cualquier otra pequeña comunidad de reciente instalación, religiosa, tolerante, trabajadora y ahorrativa aunque no tacaña. Sólo hay dos cosas que le diferencian: la belleza de todos los miembros que la componen —todos ellos negros— y su desconfianza hacia los forasteros. Y es ese recelar de lo extraño, unido al esfuerzo por salvaguardar la armonía de la comunidad, lo que va acrecentando la animadversión de algunos habitantes de Ruby hacia las mujeres que viven en un antiguo caserón situado a pocos kilómetros del pueblo: el convento. En el mundo femenino del convento, Ruby intuye una amenaza horrible, y con esta sospecha decide tomarse la justicia por su mano... pese a que, como señala uno de los personajes de la novela, tal vez, lo que realmente le inquiete sea «la turbulencia de unas mujeres que intentaban domeñar, sin ser pisoteadas, los monstruos que las esclavizaban».

Los personajes de Paraíso ejecutan los pasos de una coreografía de gestos osados y contemporáneos, creada por Toni Morrison para expresar, de forma singular y fascinante, lo injusto de la perfección, la reivindicación de la diferencia, el anhelo de la armonía y la realidad de unos sentimientos que intentan quebrar la coraza de las normas impuestas por la sociedad.

A Lois

Muchas son las formas en que existe el pecado
y las incontinencias,
y las pasiones desgraciadas,
y los placeres fugaces,
que (los hombres) abrazan antes de recuperar la sobriedad
y al regresar al lugar donde reposan.
Allí se encontrarán,
y vivirán,
y volverán a morir.

Ruby

Disparan primero contra la chica blanca. Con las demás, pueden tomarse el tiempo que quieran. En el lugar donde están, no hace falta que se den prisa. Se encuentran a veintisiete kilómetros de una población que, a su vez, está a ciento cuarenta y cinco kilómetros de la más cercana. En el convento seguramente habrá muchos escondrijos, pero hay tiempo y el día acaba de empezar.

Ellos son nueve, casi el doble del número de mujeres que tienen que poner en fuga o matar, y cuentan con los elementos necesarios para ambos fines: cuerda, una cruz de hojas de palma, esposas, gas lacrimógeno Maze y gafas de sol, además de unas armas limpias y hermosas.

Nunca han entrado tanto en el convento. Alguna vez, alguno de ellos ha aparcado el Chevrolet cerca del porche para recoger una ristra de pimientos, o ha entrado en la cocina para comprar una botella de salsa para barbacoa; pero sólo unos pocos han visto los pasillos, la capilla, el aula, los dormitorios. Ahora, todos los verán. Y por fin verán el sótano y expondrán su inmundicia a la luz que pronto barrerá el cielo de Oklahoma. Mientras tanto, se sobresaltan por la ropa que llevan y caen súbitamente en la cuenta de que no van vestidos de la manera adecuada. ¿Quién iba a decir que haría tanto frío en ese lugar en un amanecer de julio? Las camisetas, camisas de trabajo o camisas de estilo africano absorben el frío como si fuera fiebre. Los que se han puesto zapatos de trabajo se sienten incómodos por el estruendo de sus pasos sobre los suelos de mármol; los que llevan zapatillas de deporte Pro-Keds, por el silencio. Y, además, el lugar es grandioso. Sólo los dos que llevan cor-

bata parecen encajar con él, y uno por uno, todos recuerdan que, antes de convertirse en convento, esa casa fue el capricho de un estafador. Una mansión donde se suceden sin interrupción los suelos de mármol en tonos ocres y rosados y los de madera de teca. La mica conserva la luz de otros tiempos y forma dibujos en las paredes, a las que hace cincuenta años se les quitó el papel para blanquearlas. La vistosa grifería del cuarto de baño, que asqueaba a las monjas, fue sustituida por unos grifos buenos y sencillos, pero los lavabos y bañeras costosas, que no podían cambiarse sin un gran gasto, permanecieron en su lugar con corrupto descaro. Las locuras del estafador que pudieron demolerse fueron demolidas, especialmente en el comedor, que las monjas convirtieron en aula y donde hacían sentar y callar a las chicas arapajo para que aprendieran a olvidar.

Ahora, unos hombres armados registran unas habitaciones donde flotan cestos de macramé junto a candelabros flamencos, ahí donde Cristo y Su madre resplandecen en hornacinas adornadas con parras. Las Hermanas de la Santa Cruz arrancaron todas las ninfas, pero las curvas de su cabello de mármol todavía estrangulan las hojas de parra y juguetean con su fruto. El frío se hace más intenso a medida que los hombres avanzan por las profundidades de la mansión mientras se entretienen, miran, escuchan, atentos a la maldad femenina que se esconde allí y al olor a levadura y mantequilla de la masa cuando fermenta.

Uno de ellos, el más joven, mira hacia atrás, esforzándose en ver cómo transcurre el sueño en que se encuentra. La mujer que ha recibido el disparo, tendida incómodamente sobre el mármol, le hace un gesto con los dedos, o eso parece. Así pues, su sueño va bien, excepto en lo que respecta al color. Nunca ha soñado en unos colores como éstos: el negro imperial luce un remolino rojo y un amarillo denso, febril. Como las ropas de una mujer fácil. El cabecilla del grupo hace una pausa, levanta la mano izquierda para detener las siluetas que van detrás de él. Se paran, conteniendo

do el aliento, y aprovechan para coger mejor los rifles y pistolas. El cabecilla se vuelve e indica con gestos que se separen: vosotros dos, por ahí, a la cocina; dos más, al piso de arriba; otros dos, a la capilla. Para ir al sótano sólo quedan él, su hermano y el que cree estar soñando.

Se separan con agilidad, sin palabras ni apresuramiento. Antes, cuando han abierto de un disparo la puerta del convento, la naturaleza de su misión ha hecho que se sintieran aturdidos; pero, después de todo, su objetivo es la basura: un desecho humano que a veces, después de barrerlo hacia fuera, vuelve a entrar. De manera que ahora pueden hacer frente al veneno. Tras disparar contra la primera mujer (la blanca), todo se ha aclarado como si fuera mantequilla: el aceite del odio queda arriba; la parte dura, abajo.

Fuera, la niebla llega a la altura de la cintura. Pronto se volverá de color de plata y formará arcos iris en la hierba, lo bastante bajos como para que jueguen los niños, antes de que el sol la haga desaparecer y deje a la vista hectáreas de sorgo y, quizás, huellas de brujas.

La cocina es más grande que las casas donde ellos han nacido. Alto techo con vigas. Más estantes que en el Ace's Grocery Store, la tienda del pueblo. La mesa mide más de cuatro metros, por lo menos, y es fácil advertir que las mujeres a las que persiguen han sido pilladas por sorpresa. En un extremo, hay una jarra llena de leche junto a cuatro tazones de cereales Shredded Wheat. En el otro extremo, quedan las verduras a medio picar: las cebolletas apiladas como un puñado de confeti verde hacen de nido a brillantes discos de zanahoria, y las patatas, mondadas y enteras, parecen blancas como huesos, húmedas y crujientes. El caldo hierve a fuego lento en la cocina. Ésta tiene el tamaño de la de un restaurante, con ocho quemadores y una docena de rebanadas de pan se hinchan en una bandeja bajo la gran tapa de acero. Hay un taburete caído. No hay ventanas.

Un hombre indica a otro con un ademán que abra la despensa mientras él se dirige hacia la puerta trasera. Está cerrada, pero no con llave. Escudriñando el exterior, ve una vieja gallina, cuyas abultadas y enrojecidas partes traseras están bien atendidas, supone, por poner monstruos: yemas dobles y triples dentro de cáscaras enormes y deformes. Del gallinero, situado algo más lejos, llega un suave tartamudeo; los pollos que caminan con paso suave entre la niebla del patio desaparecen, aparecen y vuelven a desaparecer, con sus ojos planos indiferentes a cuanto no sea su desayuno. Ninguna pisada altera el barro alrededor de los escalones de piedra. El hombre cierra la puerta y se une a su compañero en la despensa. Juntos escrutan los polvorientos frascos de conservas y lo que queda del año pasado: tomates, judías verdes, melocotones. Descuidadas, piensan. Agosto está al llegar y estas mujeres no han ordenado los frascos ni, por supuesto, los han lavado.

Apaga el fuego de debajo de la olla. Su madre lo bañaba en una no más grande que ésta. Un lujo en la casa de barro y paja en la que ella había nacido. La casa donde él vive es grande, cómoda, y el pueblo resplandece, comparado con el lugar donde nació, que en cincuenta años pasó de la posición vertical a la horizontal. Haven, una población soñada del territorio de Oklahoma se convirtió en Haven, población fantasma del estado de Oklahoma. Los libertos que se pusieron en pie en 1889 cayeron de rodillas en 1934 y se arrastraron boca abajo en 1948. Por eso están en este convento. Para garantizar que nunca volverá a suceder. Que nada interno o externo pudre la única población negra que merece la pena. Todas las otras que él conocía o de las que había oído hablar no habían logrado resistir o se habían mezclado con ciudades blancas; si ése no era el caso, como Haven, se habían ido consumiendo en una tracería: los contornos de los cimientos habían quedado enmarcados por la hierba, el papel de las paredes se había convertido en su propio negativo tras los cristales rotos, el suelo de la escue-

la se había levantado sobre las raíces de los árboles que crecían hacia la campana. Los mil habitantes de 1905 se convirtieron en quinientos en 1934. Más tarde, en doscientos; después, a medida que el cultivo del algodón desaparecía o las compañías ferroviarias tendían las vías en otros lugares, quedaron reducidos a ochenta. La agricultura de subsistencia, que en otras épocas era la única fuente de riqueza que necesitaba una familia grande, fue fragmentándose a medida que cada hijo casado recibía una parte que, a su vez, debía repartir entre sus hijos, hasta que finalmente, los propietarios de los trocitos, si aún no se habían marchado disgustados, recibían con agrado cualquier oferta de un especulador blanco, pues estaban ansiosos por ir a probar fortuna a otro lugar. A una ciudad grande o pequeña, a cualquier sitio que ya estuviera construido.

Pero él y los demás, todos veteranos, pensaban de otra manera. Amaban lo que había sido Haven, la idea y su realización, y habían alentado esa devoción con mimo desde Bataán a Guam, de Iwo Jima a Stuttgart, decididos a construirla otra vez. Tocó la campana de la cocina, admirando su construcción y su potencia. Era del mismo tamaño que el horno de ladrillos que se alzaba en medio de su pueblo natal. El que desmontaron y volvieron a montar cuando regresaron a Estados Unidos. Llevaron los ladrillos, la piedra de la chimenea y la placa de hierro durante casi cuatrocientos kilómetros en dirección al oeste: lejos, lejos de la vieja nación creek que una vez un político ingenioso denominó «tierra no asignada». Recuerda la ceremonia que se llevó a cabo cuando volvieron a pegar en su sitio, con cemento, la boca de hierro, y pulieron sus desgastadas letras para que todo el mundo las viera. Él mismo ayudó a limpiar sesenta y dos años de carbón y grasa animal a fin de que las palabras brillaran tanto como en 1890, cuando eran nuevas. Y si dolía —separar lo que sus abuelos habían unido—, no era nada comparado con lo que habían soportado ni con lo que podría ser de ellos si volvían a empezar. Como nuevos pa-

dres, que habían luchado contra el mundo, no podían (no querían) ser menos que los Viejos Padres, que lo habían burlado con ingenio, que no habían permitido que el peligro o el mal natural les impidiera apartar a Haven del fango, y sabían que debían sellar su triunfo con esa prioridad. Un horno. Redondo como una cabeza, profundo como el deseo. Vivían dentro de sus carromatos o junto a ellos, cocían la comida al aire libre, levantaban cabañas de barro y paja, y lo primero que hicieron los Viejos Padres fue eso: dedicar gran parte de sus fuerzas a construir un horno enorme, perfectamente diseñado, que no sólo los alimentara sino que sirviera de monumento a su esfuerzo. Cuando lo hubieron terminado y cada ladrillo estuvo perfectamente alineado, la alta chimenea erguida, las clavijas y la parrilla en su sitio, la corriente de aire circuló, constante, desde el agujero trasero y la puerta se colocó en su justo lugar, el herrero hizo su trabajo. Con duelas de barriles y ejes rotos, con teteras y clavos torcidos, fabricó una placa de hierro que medía medio metro por metro y medio y la colocó en la base de la boca del horno. Todavía no está claro de dónde procedían las palabras. Tal vez fuese algo que había oído, inventado o que le habían susurrado mientras dormía acurrucado sobre sus herramientas en el catre de un carromato. Se llamaba Morgan y quién sabe si inventó o robó la media docena de palabras que forjó. Unas palabras que, al principio, parecían bendecirlos; después, confundirlos, y, finalmente, anunciar que habían perdido.

El hombre observa el fregadero de la cocina. Se acerca a la larga mesa y levanta la jarra de leche. Huele primero su contenido y después, con la pistola en la mano derecha, utiliza la izquierda para llevarse la jarra a la boca y tomar tragos tan largos y acompasados que, cuando percibe el olor a pesgua, la mitad de la leche ha desaparecido.

En el piso de arriba, dos hombres recorren el pasillo y examinan los cuatro dormitorios, cada uno con una tarjeta pegada a la puerta con cinta adhesiva. El primer nombre, escrito con lápiz de labios, es Seneca. El siguiente, Divine, está escrito con tinta en mayúsculas. Cruzan miradas de complicidad cuando advierten que las mujeres no duermen en camas, como la gente normal, sino en hamacas. No hay más muebles, excepto un estrecho escritorio o una mesilla auxiliar. No hay ropa en los armarios, naturalmente, puesto que las mujeres llevaban vestidos sucios e informes y nada digno de ser llamado zapato. Sin embargo, hay cosas extrañas clavadas, pegadas con cinta adhesiva a las paredes o apoyadas contra la pared en un rincón. Un calendario de 1968 con grandes equis que indican diversas fechas (4 de abril, 19 de julio); una carta escrita con sangre cuyo satánico mensaje está tan borroso que no puede descifrarse; una carta astral; un sombrero inclinado sobre el cuello de plástico de un torso femenino y, en un lugar que, en otros tiempos, alojó a cristianos —bueno, a católicos—, no aparece ni una sola cruz de Jesús. Pero lo que más alarma a los dos hombres es la serie de zapatos y botitas infantiles atados a una cuerda que cuelga de una cuna en la última habitación en la que entran. Entre los diminutos zapatos hay un aro de dentición, agrietado y rígido. Indicándolo con la mirada, uno de los hombres envía a su compañero a cuatro dormitorios más situados al otro lado del pasillo mientras él se acerca al ramillete de zapatitos. ¿Qué busca? ¿Más pruebas? No está seguro. ¿Sangre? ¿Tal vez un dedito que haya quedado dentro de un zapato de blanca piel de becerro? Quita el seguro del arma y se suma a la búsqueda en el otro lado del pasillo.

Esas habitaciones son normales. Están revueltas —en una de ellas, el suelo aparece cubierto de tazas sucias y platos con costras de comida, la cama es invisible bajo un

montón de ropa; en otra habitación hay dos mecedoras llenas de muñecas; en una tercera, los desechos y el olor indican que su inquilino bebe mucho— pero, por lo menos, son normales.

Su saliva es amarga y, aunque sabe que este lugar está enfermo, lo sobresalta un latigazo de pena en el pecho. ¿Qué es lo que puede haber transformado de esta manera a unas mujeres? ¿Cómo es posible que sus simples cerebros idearan esas cosas: sexo repugnante, engaño y maliciosa tortura de niños? En este remoto lugar, en un espacio abierto, encerradas en una mansión —nadie que las insultara ni las molestara—, habían conseguido que pusiera en duda el valor de casi todas las mujeres que conocía. El dinero destinado a un abrigo que su padre ahorró en secreto durante dos cosechas; la luz de los ojos de su madre cuando acariciaba el cuello de piel de foca. La fiesta sorpresa que él y sus hermanos organizaron para el decimosexto cumpleaños de una hermana. Sin embargo, en ese lugar, a menos de treinta kilómetros de una comunidad tranquila y ordenada, había mujeres como no había conocido ninguna ni había oído hablar siquiera. Precisamente en ese lugar. Único y aislado, su pueblo estaba satisfecho de sí mismo, y con razón. No tenía cárcel ni la necesitaba. Ningún criminal había salido de él, y las escasas personas que daban guerra, humillaban a sus familias o amenazaban la imagen que el pueblo tenía de sí mismo, estaban controladas. Naturalmente, no había ni una mujer descuidada o abandonada en toda la población, y las razones le parecían evidentes. Desde el principio, sus gentes eran libres y estaban protegidas. Una mujer insomne podía levantarse de la cama, echarse un chal sobre los hombros y sentarse en las escaleras de su casa a la luz de la luna. Y, si le apetecía, podía salir paseando de su jardín a la calle. Sin luz y sin miedo. Los crujidos junto a la carretera no la asustaban porque, fuera lo fuere aquello que había producido el ruido, no se trataba de algo que se acercara a ella sigilosamente. En un radio de ciento

cuarenta kilómetros no había nada que acechase. Podía pasear tan despacio como quisiera, pensar en guisos, en la guerra, en asuntos familiares, o alzar los ojos al cielo y no pensar en nada. Sin luz y sin miedo, podía seguir su camino, y, si una luz brillaba en una casa situada calle arriba y oía el llanto de un lactante con cólico, podría acercarse a la casa y llamar en un susurro a la mujer que estaba dentro, intentado calmar a la criatura. Las dos se turnarían para dar masajes en la barriga del niño, mecerlo o intentar que bebiera un poco de soda. Cuando el bebé se callara, se sentarían un rato a chismorrear, riendo en voz baja para no despertar a nadie.

Entonces, la mujer decidiría si volvía a su casa, descansada y dispuesta a dormir, o seguía por la calle y pasaba por delante de otras casas, las tres iglesias, el horno. O más allá, fuera de los límites de la población, porque allí no había nada que la acechase.

En los extremos del pasillo hay sendos cuartos de baño. Cuando los dos hombres entran en ellos, simultáneamente, nada los inquieta, porque creen que están preparados para todo. En uno de los cuartos de baño, el más grande, los grifos son demasiado pequeños y toscos para el amplio lavabo. La bañera descansa sobre las espaldas de cuatro sirenas con la cola bien abierta para darle seguridad y el pecho arqueado para conferirle estabilidad. Las baldosas son de color verde botella. Sobre la cisterna hay una caja de compresas Modess y a su lado un cubo de otras usadas. No hay papel higiénico. Sólo un espejo no ha sido cubierto con pintura blanquecina, y el hombre hace caso omiso de él. No quiere verse acechando mujeres o sus líquidos. Sale marcha atrás con alivio y cierra la puerta. Con alivio, deja que el arma apunte al suelo.

En el piso de abajo, dos hombres, padre e hijo, no sonríen, aunque cuando han entrado en la capilla han tenido

ganas de hacerlo, porque era cierto: allí se adoraban imágenes de ídolos. En los estantes tallados en las hornacinas de la pared hay unos hombres y mujeres diminutos vestidos de blanco con capas azules y doradas. Mientras sostienen un bebé en brazos o gesticulan, sus rostros inexpresivos simulan inocencia. No cabe duda de que han quemado velas a sus pies, como había dicho el reverendo Pulliam, y también es probable que les hayan ofrecido comida, puesto que hay pequeños tazones a ambos lados. Cuando esto termine, le contarán al reverendo Pulliam cuánta razón tenía y se reirán en la cara del reverendo Misner.

Había diferencias irreconciliables entre las congregaciones de la población, pero los miembros de todas ellas coincidían firmemente en la necesidad de esta acción: haced lo que tengáis que hacer. Ni el convento ni las mujeres que hay en él pueden seguir así.

Qué pena. Tiempo atrás, el convento era un vecino fiel, aunque distante, rodeado de campos de maíz, hierba y trébol, al que se llegaba por una pista de tierra que apenas se veía desde la carretera. La mansión convertida en convento estaba allí antes que el pueblo, y cuando llegaron las quince familias, las últimas internas arapajo ya se habían marchado. Eso fue veinticinco años antes, cuando los sueños trascendían de los hombres que los albergaban. Se había abierto una carretera bien recta que cruzaba el pueblo por la mitad, bordeada por aceras adoquinadas. Siete de las familias tenían más de doscientas hectáreas; tres, casi cuatrocientas. Poco a poco, cuando la carretera se convirtió en una calle con nombre, un hombre llamado Ossie organizó una carrera de caballos para celebrarlo. La gente se acercó desde las tiendas del ejército, las casas a medio acabar y las tierras recién desbrozadas, trayendo consigo lo que tenía. Salieron las cosas guardadas y se improvisó una fiesta: guitarras y sandías tardías, avellanas, tartas de ruibarbo y un arpa de boca, una tabla de lavar, cordero asado, arroz con pimientos, *In the Dark*, de Lil Green, Louis Jordan y sus